

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PRISION DE MOCTEZUMA

EL ULTIMO ULTRAJE



MAUCCI H^{os} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PRISION DE MOCTEZUMA

ó

El Ultimo Ultraje

por

HERIBERTO FRIAS

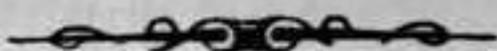


MÉXICO

**Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900**



La prisión de Moctezuma



¡Venid buenos amigos que me habéis seguido tantas veces con afán digno de constantes alabanzas; venid, jóvenes amantes de los hechos extraordinarios que pudieron haber ocurrido en la historia de los hombres, pero más particularmente en la historia de la nación mexicana!...

—¿Dónde vamos?...

¿Qué iremos á bajar en las tinieblas para

descubrir en lo profundo de los subterráneos, grandiosos tesoros como se asegura que llegó á encontrar el caudillo de los españoles?...

*
* *

Mientras el pueblo azteca rugía de cólera, mientras «Moctecuhzoma» «Xocoyotzin» vivía con sobresaltos, inquietudes y pesadillas atroces en que se creía convertido en todas las formas imaginables que se pudiera concebir, mientras ya las provincias lejanas del vasto imperio, empezaban á proclamar con toda osadía y franqueza su independencia amando ya la hermosa, la angelical «idea» que hoy llamamos nosotros «Libertad...» mientras el despotismo bárbaro del sanguinario monarca, se iba estrellando lentamente con grandes resistencias en los antiguos pueblos sometidos por la fuerza y la velocidad inteligente y odiosa de las «¡macanas!» «¡macanas!» soberbias, construídas para erigir el poderío del más fuerte, ¡ay! amigos míos, mientras parecía que el

mundo se acababa allá en «Tenochtitlán...»
¡Hernán Cortés meditaba!... ¡Era el hombre
de la energía y de la decisión, pero sabía me-
ditar en su éxtasis! ¡Sí.. oh! sí... allí estaba
hinchido aún de soberano orgullo, preponde-
rante y terrible el caudillo de la conqui-ta...
¡Allí estaba tranquilo, contento; pero no satis-
fecho el caudillo conquistador, acompañado
de sus buenos capitanes, naturalmente, lea-
les todavía,—y allí estaban sus cuatro cientos
aventureros conquistadores... esperando... es-
perando todos el instante oportuno, el magní-
fico instante de los hallazgos del oro... ¿Sería
arriba en las cúspides de las montañas?... ¿O
sería allá muy abajo dentro de negras galerías
en el fondo de misterios horrendos? ¡Quién
sabe!... ¿Quién lo podría saber? ¡Pero el sueño
de todos era el oro!...

.
¡Ah! pero todos soñaban con encontrarlo en
montones inconmensurables, en verdaderas
montañas, según lo habían escuchado todos
en las horas de la infancia... ¡Aquellos valien-

tes españoles creían encontrar el oro en profundos abismos de donde nada más había de surgir la llama amarilla y súbita de los relámpagos del oro!...

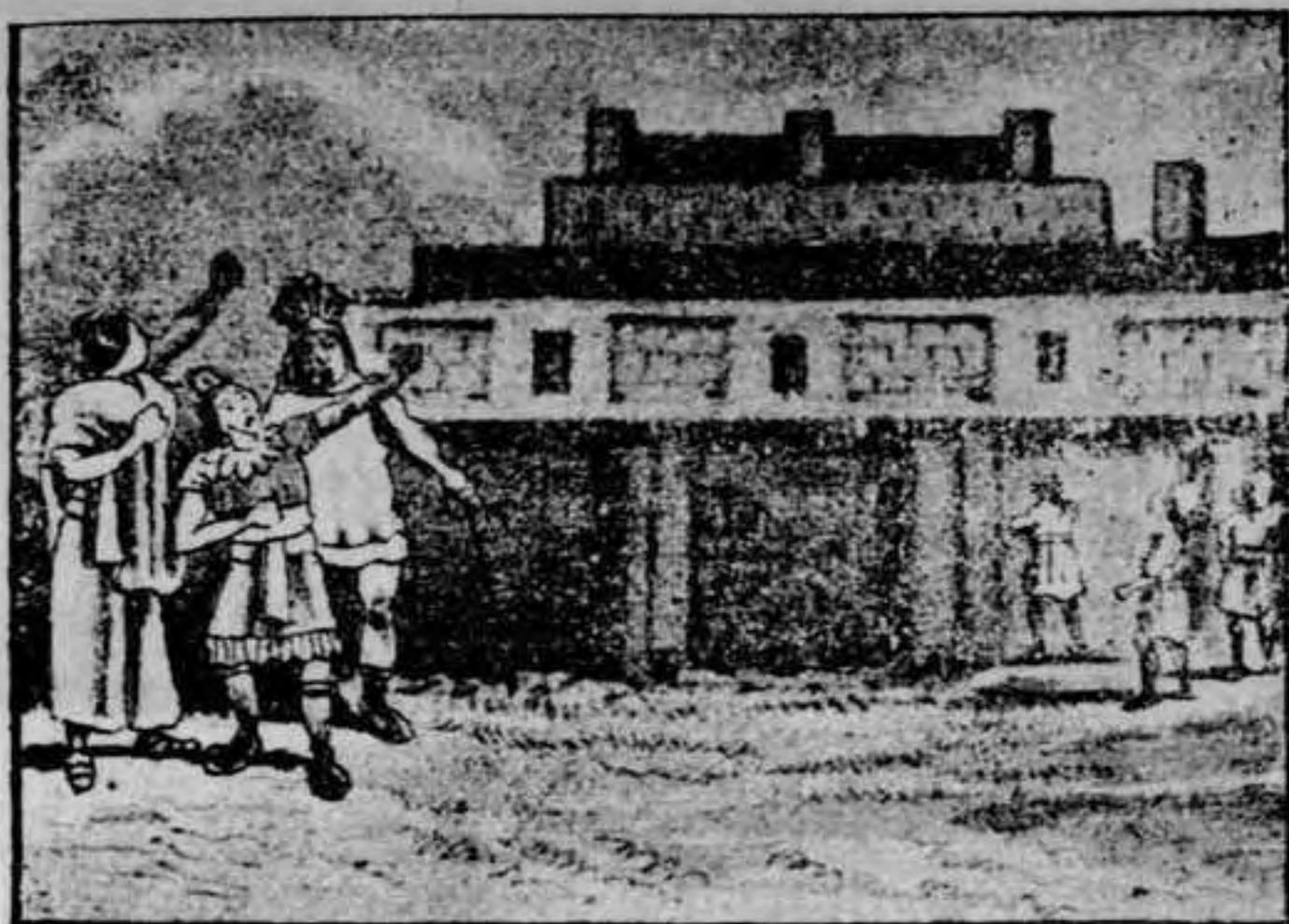
Pero ¡ay, amiguitos!... nada de estos sueños había de realizarse... Los españoles emprendían día y noche expediciones y aventuras de las que llegaban a su «cuartel-palacio» de «Axayacatl» jadeantes y rendidos, cubiertos de sangre y sudor... pero sin haber conseguido encontrar un sólo trozo, una sólo plumilla de oro!...

¡Oh, no!... ¡El oro, el ansiado metal, objeto de tantas aventuras terribles, mortales, negras molestas y abominables... el maldito oro que todos, desde Hernán, allá con sus pasados ensueños de riqueza y poder (1), se habían imaginado encontrar de pronto, al fin de singular aventura, no se les aparecía como habían querido.

(1) Recomendamos a nuestros lectores el sensacional, instructivo y bello cuento fantástico:

EL CASTILLO DEL PODER

de los primeros de esta serie.



Sólo Hernán Cortés adivinaba apenas vagamente donde pudieran estar los antiguos tesoros que se habían ocultado, como ya os he dicho, en el mismísimo palacio de «Axayacatl. Cortés había encontrado algunas riquezas; pero eran muy inferiores á sus deseos y ambiciones. ¡Eran una miseria!... ¡Era preciso tener oro!... ¡Pero poseerlo en gran cantidad!

¿Qué hacer? ¿Qué hacer en aquella situación cuando se encontraban los conquistadores futuros en el centro de la capital de un imperio poderoso, viviendo en la Metrópoli habitada por los más valientes y heroicos?...

¡Aún no habían conquistado nada! ¡Aún no habían recogido el oro que ambicionaban!... Como asegurarse de aquellos países y de aquella espléndida ciudad, cuando ya principiaban los príncipes, los ancianos, los sacerdotes y generales á decir aún delante del mismo Emperador Moctezuma:

—¡Oh, señor! ¡que se vengan los blancos!... ¡Oh! gran tecuhtli... ¿qué esperan esos insolentes de trajes de hierro, monstruos atroces y máquinas de rayos?... ¿Qué esperan? ¿Sí, qué esperan que todos los vemos cargados de joyas y tesoros nuestros y de nuestros padres? Y tú siempre, ¡oh! rey nuestro, obsequiándoles sin cesar... ¿Hasta cuándo se irán?

La «Malinche,» eterna compañera de Cortés, traducía estas palabras de los príncipes, y aún de humildes generales á Hernán... y este cau-

dillo que solía ser tan valiente y audaz, solía tener desfallecimientos y amarguras, porque iba comprendiendo que el pueblo ya despreciaba á su rey.

¡Ah! ¡Si el pueblo se sublevaba!

*
* *
*

Ese era el gran temor del Capitán. No sabía qué hacer. ¿Contentarse con los tesoros que le había obsequiado el mismo «Moctezuma» desde que holló las playas mexicanas? ¿Contentarse con aquel oro descubierto en el palacio de «Axayacatl» donde vivían? ¡No! ¡Imposible!

¡Figuráos amiguitos que de todas aquellas riquezas había que dar la quinta parte al rey que era entonces el Emperador Carlos I de España, y V de Alemania... Luego otro quinta para pagos de gastos... el quinto de los aventureros... ¿y qué quedaba para él? ¿qué quedaría para Hernán Cortés? ¡Una limosna!
—¿Qué hacer?—se dijo una noche Hernán

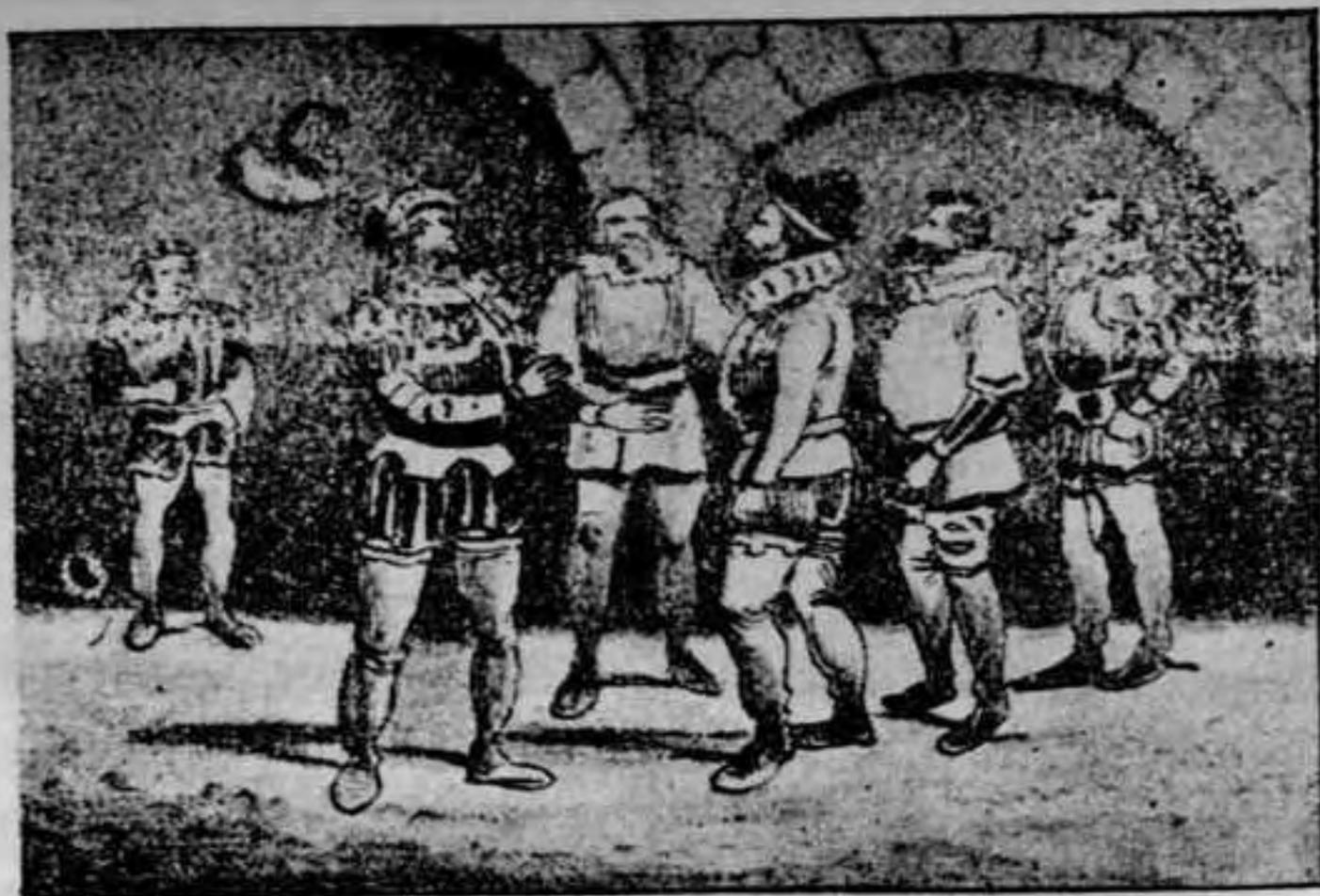
Cortés.—Pues bien, conquistaros de pronto el país de Moctezuma... ya lo había pensado; pero lo haré con astucia... ¿Y cómo empezar? ¡Ah! sí... no hay más recurso... ¡haciendo prisionero al mismo Emperador azteca!

.
¡Prender á Moctecuhzoma! Prender al Emperador de un imperio grandiosísimo y rico, y ejecutar este acto en la misma capital de su mismo imperio.

¿Quién que no estuviese loco podría habersele ocurrido tan insensata y tremenda osadía?...

¡Prender al grandioso monarca que se hacía pasar como un ídolo magnífico al que ninguno de sus súbditos podía mirar frente á frente, so pena de peligrosos suplicios mortales... y prender al rey en su mismo palacio rodeado de su guardia de nobles, de supremos «tecutlis» príncipes y reyes, ¿cómo podría ser eso? ..

Cuando Cortés explicó á sus capitanes su atrevido proyecto, todos creyeron durante al-



gunos momentos que su jefe estaba loco...
¡Tan temeraria y estupenda era la empresa!

Sin embargo, era preciso obrar con audacia. Mucha audacia si no querían que «Tenochtitlan» fuese el sepulcro de la expedición solemne... ¡Mucha audacia!

¡Hasta dónde puede llegar la fuerza de voluntad y el ánimo resuelto!

¿Qué mejor ejemplo el de Hernán, dispuesto á todas las catástrofes y todos los reveses y derrotas, pero confiando tanto en su empresa, que manda inutilizar sus naves—cual si de veras las hubiese quemado, según la leyenda nos ha referido?—¿Qué mejor ejemplo, amigos míos, de entereza y fuerza de voluntad, aunque por desdicha fuera sólo el oro el móvil de tamañas magníficas decisiones?... Siempre la energía, la tenacidad y la fuerza de voluntad uncidas al carro del genio, han conquistado mundos como el grandioso mundo conquistado por Cortés el día en que por fin resolvió y ejecutó prender á «Moctecuhzoma» en su mismo palacio y frente á su guardia misma.

¡Lo que tenía que suceder habría de ser terrible!

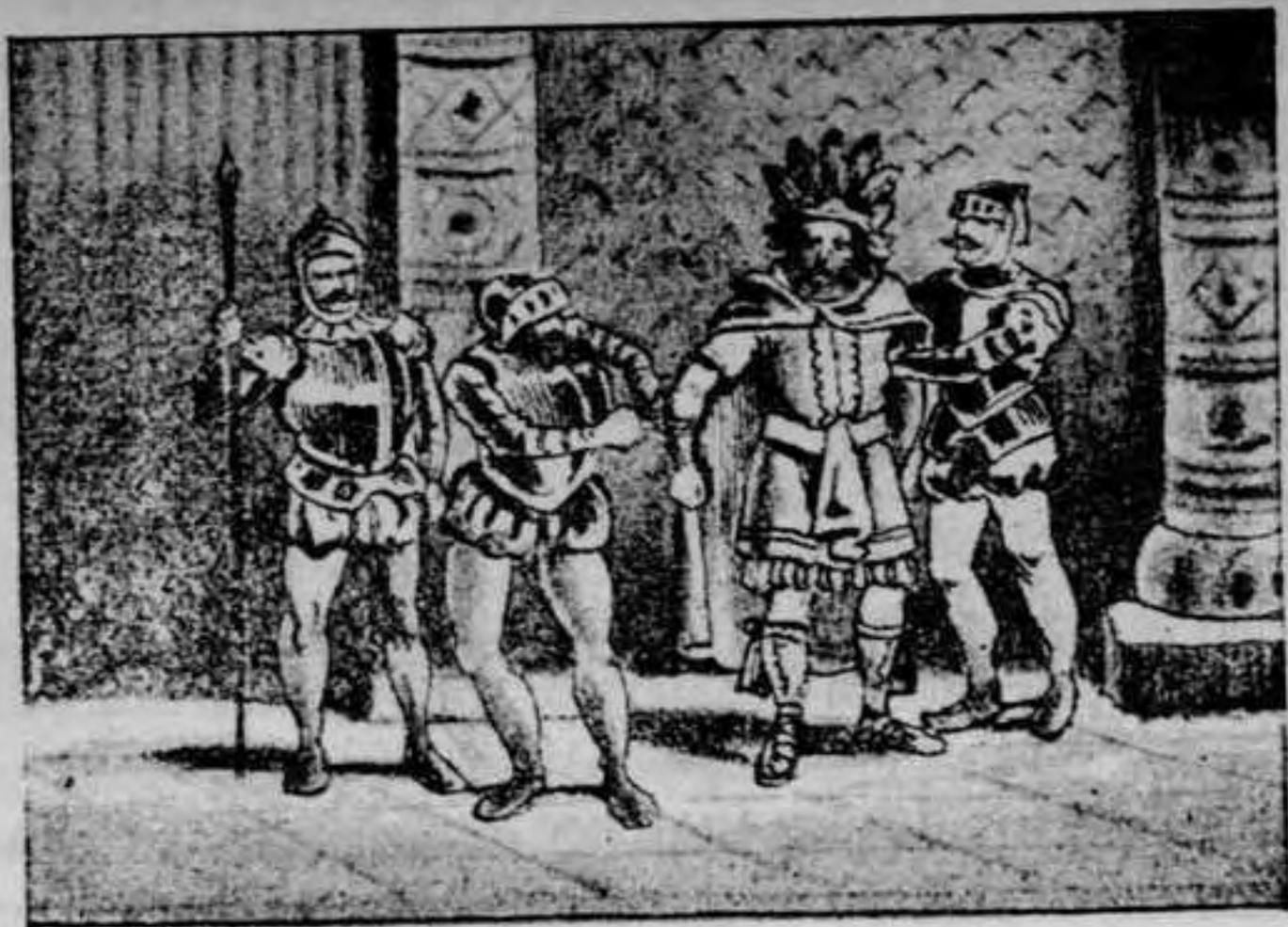
*
* *

Amiguitos míos, veo en vuestros ojos, mejor dicho, adivino algo como relámpagos de

cólera, indignación, acaso, acaso vergüenza... sí, vergüenza... Porque pensáis: ¡Cómo! ¡Un rey azteca intocable dejarse prender, poner grillos por los desconocidos aventureros á quienes había obsequiado tan generosamente... ¿Cómo? ¿Es posible esto? ¡Y el rey! ¿el Emperador «Moctecuhzoma» Xocoyotzin» resiste la ignominia?

.
¡Parece increíble! Y sin embargo, así fué... ¿Pero, por qué? ¿Sabéis lo que hizo caer en manos de sus enemigos al infeliz monarca?

Su fanatismo bárbaro. El creía que los dioses habían dictado terribles órdenes á los hijos favoritos del Enorme «Tonatiuh,» y que estos favoritos eran los extraños hombres que veía, aquellos que le perseguían, y á los que había cedido casi todas sus riquezas maravillosas... El supersticioso monarca, tembloroso, pálido y triste desde que supo la llegada de los blancos, era ya una víctima del fanatismo religioso de su nación; era él quien había sido destinado á sucumbir, víctima de sus errores y vi-



cios, execrado por el pueblo azteca, abominado por la posteridad... ¡Pobre, pobre «Moctecuhzoma Xocoyotzin! ¡Pobre pequeño!

Te iban á prender en tu mismo alcázar,— ¡oh, magna afrenta!—Pero lo que es peor aún, lo que es aún más terrible, es... el sarcasmo de arrancarlo de su palacio y de llevarlo hasta el alcázar de los enemigos, allí, hasta el mismo

palacio cedido por el pobrecito monarca á sus mismos verdugos... y hasta allí fué conducido, llevando por escolta á muchos caballeros españoles, con la espada desnuda, conduciendo al Emperador del «Anahuac» preso por los extranjeros que él favoreció al palacio mismo que Moctezuma les entregara.

¡Oh, ignominial ¡oh, ferocidad de la suerte! Nadie hubiera creído que en tan poco tiempo se hubieran verificado tan abominables cosas.....

«¡Moctecuhzoma» quedaba preso!... ¡quedaba encadenado, extraído de su mismo palacio!.....

¡Ah! ¿Pero sabéis, amigos míos, cuán grande fué la cólera que estalló, no ya entre los hijos del pueblo, sino aún en los guerreros que en los palacios y desde los «teocallis» vieron la conducción del monarca á su nueva cárcel?

Semejante atentado está escrito con cifras de sangre y fuego...

Porque es el colmo del horror... Ya veréis, amiguitos míos, cómo se efectuó el aprisiona-

miento del Emperador del Anahuac, y sabréis también hasta qué punto llegaron las atrocidades que siguieron.

La prisión de Moctezuma se había producido... más... ¡ay! cuánta, cuánta sangre se iría á verter todavía...

¿Sería aquél el último ultraje?

